

ATILIO CHIAZZARO

(1862 - 1958)

Dr. Alejandro Atilio Abal Oliú

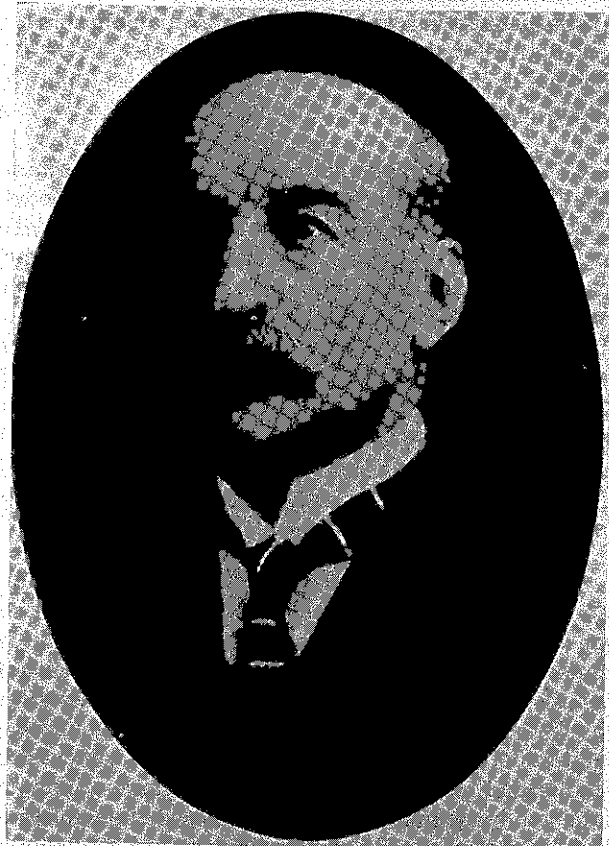
La industria, particularmente con el Astillero, florece en el Salto finisecular. Y en esta ciudad y en los talleres del Ferrocarril del Nor-Oeste, se hizo lo que nunca en otros lados de Sud América: construir una locomotora. Con el diseño de Allan Darton, en el establecimiento de José Pons Pralet y bajo la dirección de Juan Gallinotti, un conjunto de operarios especializados consigue por 1895 poner a punto la locomotora Nº 11, llamada "La Criolla", que hoy luce en el museo de la ciudad.

El 23 de agosto de 1908 "La Criolla" alcanza el máximo de su gloria: batiendo anteriores récords, llega a los 120 kms. a la hora. Ese día el Dr. Atilio Chiazzaro es llamado con urgencia del km.81 de la línea al norte, donde está muriendo -en su estancia- don Camilo Arzagué. "La Criolla" es el único medio para salvar la emergencia y Chiazzaro acepta acompañar en ella al maquinista. Se salva nuestro enfermo... y el maquinista Lastire queda suspendido por seis meses para "correr trenes"... , sufriendo todavía, como castigo complementario a su temeridad, el confinamiento en más a la sola tarea de "maniobra de máquinas".

Aún no ha terminado la "Guerra Grande" y por 1840 y tanto, todo el norte del país no pasa de ser una campaña semidesértica, sin alambrados -que por entonces no los hay todavía en ningún lado- pero también sin cercos, corrales ni caminos; casi sin hombres ni casas. Y cuando de estas últimas hay una cada tantísimo espacio, se trata de cascos de estancia o pulperías con arquitectura casi de fortines. Tal es el recurso para defenderse -con variada suerte- de indios, cuatreros, partidas revolucionarias, bandeirantes, "californías", perros cimarrones y hasta -no pocas veces- de los mismos representantes de una autoridad "legítima" que a menudo resulta ser toscamente arbitraria.

Sin embargo, en ese panorama pero recostados al río Uruguay, hacia el este, hay unos pequeños poblados: Santa Rosa del Cuareim, en la frontera con el Imperio, Belén, Salto y Paysandú. Ninguno pasa de esto: una pequeña villa en el mejor de los casos; siempre puertos fluviales, lugares de encuentro entre la campaña extensa y despoblada y el resto del país y el mundo.

El río dio vida a estos pueblitos. Por ellos respira ese enorme territorio inhóspito e inculto: vacío. Aquí



Dr. Atilio Chiazzaro

llegan hombres y bienes en marcha a la campaña, el correo que a veces recorre desde Europa distancias inconcebibles, noticias de lejanas aldeas y pueblos, que al arribar ya son viejas. Desde aquí salen quienes dejan este desierto humano: algunos pocos hombres, un tanto de cueros y lanas, yerba, maderas y alguna noticia y correo de poca importancia.

Pero no sólo tierra y pobladores de la ayer provincia y hoy república necesitan estos puertos sobre el río: sobrepasando el incierto límite con el Imperio, el estado de Río Grande do Sul tampoco tiene caminos ni ferrocarriles, y ni siquiera puertos en la lejana costa atlántica. Hacia el oeste ocurre otro tanto: solamente el río Uruguay asegura a las tierras correntinas y misioneras de la Argentina una rápida comunicación con Buenos Aires y -más allá- con Montevideo y Europa.

Así estos pueblecitos nacidos a la vera del río resultan ser bastante importantes. Y en particular uno de ellos: Salto; el "Salto Oriental", que sin haber sido fundado por nadie surgió -solo- en el último tramo del río hasta donde podían llegar barcos y barcasas remontado las aguas: más allá los dos saltos de agua, el chico primero y el grande luego, cortan la navegación. En este lugar se detienen los buques; desde aquí se desparraman hacia el este, norte y oeste las carretas. En este mismo lugar convergen luego esas mismas y otras carretas, traspasando a aquellos mismos u otros buques su carga en viaje inverso, hacia el sur, que es lo mismo que decir Buenos Aires, Montevideo y aún directamente Europa.

El pequeño poblado salteño, que no data de más allá de 1820, es el centro de una zona donde van poco a poco -y cada vez más- confluyendo los orientales del norte, los riograndenses, los correntinos y misioneros: su zona de influencia va a ser territorialmente mayor que la de la Capital allá en el sur del país.

Pasarán muchas décadas para que su importancia decline. La culpa de esto último será principalmente del ferrocarril y las carreteras.

Niccolò (o Nicolás) Chiazzaro, llegó a la sitiada Montevideo allá por 1848, en uno de aquellos veleros que desde la Liguria partían a la América del Sur, emprendiendo travesías que eran verdaderas aventuras. En esta ciudad -sabe Dios luego de qué alternativas- Nicolás se amigó de Francesco Capurro, genovés, capitán del velero "La Idea", quien viajaba con cierta regularidad al Salto Oriental. Al poco tiempo Chiazzaro está haciendo otro tanto al frente de una goleta. Aquella pequeña embarcación de dos palos se llamaba -igual que la primera parroquia de Salto- "Virgen

del Carmen" y con ella se estableció una suerte de servicio lo más aproximado a regular que la lucha y demás complicaciones de la época permiten.

En la otra punta del recorrido que parte de Montevideo, es decir en el Salto Oriental, un paisano de Nicolás, nacido al igual que éste en Pietra Ligure, ha establecido una casa de ramos generales (al principio un "almacén naval"), en la que se surte a veces a los buques, a veces a la población y carretas de mercaderías y minoristas. Giovanni Accame, que así se llama este personaje, consigue asociar a su negocio a Chiazzaro, y de esta forma -a los veintitrés años- nuestro hombre troca su carrera naval por la del comercio.

En estos años (1852), Salto cuenta con cerca de tres mil habitantes.

Casa al año siguiente don Giovanni Accame con la joven Angela Scotto y con ella regresa al Salto. Unos años más tarde, en 1858, Nicolás Chiazzaro se casa a su vez con la hermana de Angela, María, que ya es viuda de Próspero Ascheri, marino desaparecido en las cercanías del estrecho de Magallanes.

Los años en que ocurren estos últimos sucesos son años de progreso para Salto. En 1858 se establece el Banco del Salto; un año antes la "Compañía Salteña de Navegación"; en 1850 el primer diario; en 1862 se inaugura la Jefatura Política (con grandes festejos) y se funda la "Nueva Compañía Salteña de Navegación a Vapor"; en 1865 se empedra la calle Real (actualmente Uruguay) y se elevan a doscientos la cantidad de faroles del alumbrado público.

Pero son también tiempos difíciles: en 1853 el capitán Amarilla ataca el Salto; en setiembre de 1855, y por unos días, la ciudad se gobierna a sí misma sin reconocer otra autoridad (es la llamada "República del Salto"); en 1863 se desarrolla un combate entre las fuerzas legales y los floristas; en mayo de 1864 una partida revolucionaria entra en Salto y en noviembre la autodenominada "Cruzada Libertadora" pone sitio a la ciudad, como luego hará con Paysandú; a mediados de 1865 Flores establece en el puerto el cuartel de operaciones de las fuerzas orientales que deben pagar a los extranjeros el precio de la ayuda a aquél para derrocar a Berro; en agosto del mismo año las fuerzas paraguayas están a punto de invadir la República por el Salto; poco después estalla una terrible epidemia de viruela; dos años más tarde la epidemia será de cólera; en 1868, Timoteo Aparicio invade la ciudad y sobre fines de año la Compañía Urbana protagoniza un sonado motín; en 1873 tiene lugar la algarada masónica contra el Cura Párroco, quien termina en Concordia; en 1875 la Tricolor llega al Salto y al año siguiente encontramos ya a los latorristas "limpiando la campaña del departamento"...

No le faltaron hijos a Nicolás Chiazzaro y a María Scotto. A más de Juan Antonio (hijo de María y Próspero Ascheri), a los nueve meses de la boda nace Ernesto Miguel (1859) y luego doce hijos más: Nicolás Juan (1860), Atilio Angel (1862), María Adela (1864), Cleria Teresa (1865), Eduardo Gil (1866), Aníbal Nemesio (1867), María Nicolasa (1869), Ricardo (1870), Arturo Santiago (1872), Magdalena Irene (1873), Julia (1874) y Angela Alcira (1876).

Todos los varones reciben la educación elemental de la época, y por 1872 Juan Antonio, Ernesto y Atilio son enviados a Génova, donde están (cerca, en Pietra Ligure), los tíos Giovanni Accame y Angela Scotto, que han regresado a su patria de origen.

En la tierra de sus mayores, Atilio estudia en el "Convitto Nazionale in Genova", acumulando premios y diplomas desde 1873 hasta 1881, año en que ingresa en el "Istituto de Clínica Médica" de la Real Universidad de Génova.

Chiazzaro llegó a Génova a los diez años. Venía de un pueblo pequeño de un muy pequeño y lejano país. Cuando salió del Salto allí había quizás solo tres médicos: el francés Apollón de Mirbeck, nacido en Lunelville (Francia) en 1808, a quien la Junta de Higiene de Montevideo otorgó el 27 de abril de 1848 el título de cirujano, y muy poco después ya estaba en el Salto; el mallorquín Eusebio Girona y el vasco Ramón de Olascoaga, los dos últimos instalados a mediados de la década de 1850.

No había siquiera boticas en la población durante los primeros tiempos de Apollón de Mirbeck. El médico preparaba sus recetas en botiquín propio, y, por lo demás, mucho se libraba al remedio casero y a los específicos. Alguna que otra fórmula, de composición siempre confeccionada a domicilio con ingredientes comprados sueltos: sodas refrescantes y purgantes; una sal en un papelito blanco, otra en un papelito azul... Los almacenes surtían los específicos: píldoras purgativas de Allan "para cura de todas las enfermedades crónicas o agudas" -según rezaban los anuncios- "Verdadero jarabe antiácido Británico". La primera botica -la "Botica del Indio"- se estableció en 1856; luego siguieron la "Central", la de don Antonio Garbarini, la "Colón" y algunas más, entre las cuales estaba la "Botica del Aguila", que sobre la década de 1890 estableció Aníbal Chiazzaro, hermano de Atilio, y que aún subsiste con su nombre.

¿De dónde eligió Atilio Chiazzaro su profesión? Seguramente su vocación nació del ejemplo de los ilustres médicos genoveses de la época de sus estudios secundarios.

En las aulas universitarias, acusando dotes singulares, Chiazzaro conquistó la predilección afectuo-

sa de profesores tan eminentes como el Senador Magliana, gloria del Ateneo Genovés y clínico de fama mundial; Azzio Caselli, célebre cirujano; Campana, Secondi, Albertoni, Ceci y otros, que lo contaron entre los más estudiosos en las varias clínicas médicas. Fue así como -entre otros lauros- obtuvo el premio destinado al estudiante de medicina que presentara, en público concurso, el mejor trabajo.

Recibido de doctor en medicina y cirugía el 9 de julio de 1887, a los 25 años de edad, al despedirle poco después, el famoso Profesor Azzio Caselli, por entonces Director de la Clínica Operatoria de la Real Universidad de Génova, suscribe para él un documento que reza así: "El abajo firmante declara que el Sr. Doctor Atilio Chiazzaro, natural del Salto Oriental (República del Uruguay), cumplió sus estudios en este Ateneo ocupando en el último año el puesto de ayudante interno de la clínica quirúrgica operatoria, dando siempre las más luminosas pruebas de buen ingenio, amor grande al estudio y de grande actividad, hasta el punto de resaltar entre los más distinguidos estudiantes de la Facultad Médicoquirúrgica. Con tales dotes no se puede más que presagiar óptimamente su porvenir en la carrera que ha emprendido. Profesor Azzio Caselli. Génova, 29 de julio de 1887".

Sus pruebas, como lo atestiguan los documentos oficiales de la Universidad, fueron siempre excelentes y el "examen de Laurea" final fue rendido con una evaluación de 120 puntos sobre 120 posibles.

Pero no se limitó Chiazzaro al ámbito de las aulas. Durante su carrera concurrió asiduamente a colaborar con la sección de Maternidad del Hospital Civil de Génova, y, en otros órdenes totalmente diversos pero interesantes para conformar una visión del joven oriental, amén del desarrollo de sus aptitudes para el dibujo reflejadas en numerosos bocetos y trabajos de aquellos años, conformó con algunos compañeros un conjunto musical estable, con el cual amenizaba fiestas en el ámbito culto de Génova (Chiazzaro es autor de varias páginas musicales del género popular de aquella época, algunas de ellas editadas e inclusive llevadas al disco, como la polca "A orillas del Uruguay" o la mazurca "María").

Y volvió Chiazzaro al Uruguay. Revalidó su título el 19 de julio de 1888, (1) el mismo año en que se recibió su entrañable amigo Rodolfo Fonseca. En su tesis sobre "Rinoplastia total" (que publicada se conserva en la Biblioteca de la Facultad), comienza por consideraciones sobre el progreso de la cirugía, destacando que tres son los fundamentos de la cirugía moderna: anestesia, hemostasis y asepsia. No deja de hacer notar "que algunos de nuestros viejos cirujanos, creyéndose apoyados en una sana experiencia, han detenido el progreso de la cirugía operatoria en-

tre nosotros, agotando en una estéril lucha de palabras nuestros juveniles ardores". Luego revisa los distintos procedimientos clásicos de rinoplastia y se inclina por el "método italiano", lo que le da la oportunidad de hacer el elogio de la cirugía italiana. Se trata, como destacan en un trabajo Washington Buño y Hebe Bollini Folchi, y junto a las de Turenne, Muñoz Romarate, Bottaro y algún otro, de una de las pocas tesis presentadas que claramente pertenecen a la que luego sería la especialidad de sus autores.

Nuestro joven médico no acepta los halagos de la sociedad montevideana, como antes tampoco aceptó la tentación de quedar en Italia junto a sus prominentes profesores, que así se lo ofrecieron; y vuelve al pueblito donde había nacido, el Salto Oriental, como por entonces se le llamaba.

Allí comienza a aparecer un aviso en la prensa que reza así: "Dr. Atilio Chiazzaro. Médico Cirujano. De las Facultades de Génova y Montevideo. Especialista en las enfermedades de estómago y venéreas. Consultorio profesional: calle Uruguay 233. Hora de consulta: de 1.ª a 2.ª p.m." (el consultorio está en los altos de la "Botica del Indio", propiedad de su cuñado

Urtizberea). Por casi setenta años ejercerá en Salto, de aquí en más, un verdadero apostolado médico.

En setiembre de 1889 es designado médico de Policía del departamento. En 1891 casa con María Fernández Capurro, hija del comerciante salteño don Domingo Fernández Martínez y de su esposa doña Antonia Capurro Durante. De su matrimonio nacen cinco hijos: María Antonia, Atilio (que casó con Elida Casañas), Celeste (que casó con el Dr. Luis Oliú Daporta, odontólogo), Domingo, quien llegó a ser un reputado oculista (casado con Mabel Errandonea) y Olga, que aún vive (casada con José Arruabarrena).

En 1910 el Poder Ejecutivo lo nombró Inspector de Higiene del departamento de Salto, debiendo entonces renunciar a su cargo de Médico de Policía.

Sus enérgicas medidas en pro de la salud pública le valieron se le llamara el "Dictador del Consejo de Higiene"; pero a ellas se debe el evitar una terrible epidemia de cólera que afectó a la ciudad vecina de Concordia; y luego sendas epidemias de viruela y tifus que, reconocidamente gracias a su gestión personal, se aislaron sin consecuencias para la población.



Salto (año 1937).

Homenaje de los médicos salteños al cumplir Chiazzaro 50 años de actuación profesional. A la derecha, junto a Chiazzaro, se ve al Profesor Alfonso Lamas.

Corre 1910 y el Dr. Chiazzaro, con toda su familia, regresa a la tierra donde realizó sus estudios. En Génova está por casi un año, siempre estudiando y practicando en la Universidad, y sobre fines de 1911 regresa al Salto.

Allí trabaja como médico particular, pero también en el Hospital y en varias de las asociaciones mutuales, que en gran número existen desde no poco tiempo antes, agrupando a los emigrantes y descendientes según sus nacionalidades de origen.

Llega el año 1928 y la mutual "Società Italiana Unione e Benevolenza" organiza en su honor un sentido homenaje, al cumplirse cuarenta años de ejercicio profesional.

Entre las múltiples adhesiones particulares y públicas que Chiazzaro recibe, transcribimos una nota aparecida en el diario "La tarde", que nos da una idea de la imagen que tenían los salteños de su médico; imagen que podrá aplicarse a muchos de los que han constituido esa anónima legión de hombres que atendieron a nuestros padres y abuelos en las ciudades del interior del Uruguay:

"Frecuentemente los pueblos, sociedades o núcleos de ciudadanos, se reúnen para tributar homenaje a uno de sus hijos o miembros por algún acto digno o meritorio, que hubiere realizado; es común en nuestro medio, y por eso la prensa, la mayoría de las veces, se concreta a dar la noticia y nada más. Pero cuando ese homenaje se rinde a una persona llena de méritos -hemos nombrado al Dr. Chiazzaro- que ha dedicado toda su energía a hacer el bien, y el bien en el sentido más noble de la palabra, no podemos sino detenernos un momento y echar un vistazo retrospectivo a esa vida consagrada a arrebatarse de la muerte al que sufre.

"¿Quién no conoce la silueta simpática, activa y joven siempre del doctor Chiazzaro?

"¿Qué hogar no ha visto llamar a su puerta al querido médico que mientras espera el recibimiento avanza unos pasos fregándose las manos?

"Fuerte y ágil como en su juventud, hoy todavía después de más de cuarenta años de lucha, lo vemos por nuestras calles a toda hora, prodigando el bien con su ciencia, siempre joven porque está al día con los modernos adelantos científicos.

"¿Cuarenta años de profesión activa para un médico es una eternidad!

"Quien no conozca los sinsabores de esa profesión, no podrá aquilatar en todo su valor esa foja de servicios.

"El médico es el todo en un hogar; vale mucho mientras no se le muera el enfermo. Entonces, todos aquellos méritos, toda aquella abnegación, todo el cariño grande, desaparece. Y la inmensa mayoría de las veces, es el causante para la familia, se entiende de la muerte del paciente. Parece que necesitaran un culpable para mitigar en algo su justo dolor. Y ese alguien no puede ser sino el médico. Desvelos, preocupaciones, zozobras, virtudes, cariño, ciencia y todo lo más noble que el galeno ha aportado, desaparece, se lo lleva la muerte, para no ver en él sino la causa de tanta desgracia. ¡Y no saben la lucha íntima y ruda que soporta el cerebro de un médico cuando se ve frente a lo imposible! No saben, suponiendo atrevidamente que el médico no tuviera corazón, que aunque fuera por egoísmo, por conveniencia propia, le conviene salvar a su enfermo. Es claro que todos no proceden lo mismo, hay excepciones honrosas, pero siempre son las menos.

"Esa es una de las facetas ingratas que tiene ese apostolado, porque muy bien le cabe este nombre.

"Ahora bien, ocho lustros de una vida dedicada por entero a la profesión, y llegar al cabo de ellos con espíritu jovial como el Dr. Chiazzaro, con sobradas energías, con juventud, ¡sí, juventud, porque un alma así no envejece nunca!, es algo que supera los cálculos y se impone al corazón con la elocuencia enorme del cariño.

"Por eso, muy pocas veces como aquí, el homenajeado es tan digno del homenaje. Y desde luego será una satisfacción muy grande para el querido médico ver que entre las espinas del camino recorrido existieron flores bellísimas, cuyo perfume seductor hoy lo deleita y embriaga. Con estas líneas nos adherimos de corazón al justiciero homenaje..."

Este será el primero de una larga serie de reconocimientos a su labor, y, más que ello, de afecto y agradecimiento de sus conciudadanos a su competencia, su energía y su entrega afectuosa y siempre servicial, a toda hora y sin importar quien fuera el que requería sus servicios.

En 1936, por decreto del Poder Ejecutivo, atento a "su larga y abnegada actuación en la ciudad de Salto, donde prestó relevantes servicios a la Asistencia, realizando verdadero apostolado de su profesión y dedicando sus mejores energías al cuidado de los indigentes vencidos por la enfermedad", se le acuerda la "Medalla de la Abnegación", la que le es entregada en acto Público por el Ministerio correspondiente.

Un año más tarde, en 1937, los médicos del Salto, que ya son más de treinta, le ofrecen un homenaje al cumplir sus bodas de oro profesionales, adhiriendo al mismo todos los órganos del gobierno departamental,

el Ministerio de Salud Pública e innumerables asociaciones mutuales, despertándose en relación al juicio que su actividad merece una bien rara unanimidad.

En esa ocasión el Dr. Federicio Iribarne decía:

"Pues bien, Dr. Chiazzaro, si hiciéramos hoy lo mismo que el hindú de la leyenda y tuviéramos que mostrar a los jóvenes médicos, para que les sirviera de ejemplo, esa persona llena de méritos, incansable en la labor, despojada de todo egoísmo profesional y de una conducta recta e intachable; indudablemente serías tú el elegido. Cincuenta años de profesión, las bodas de oro con la medicina y... mira! ningún colega ha faltado a la cita. El mismo Dr. Lamas, nuestro maestro, ha dejado Montevideo para correr aquí.

"Es que la deontología médica ha sido tu norte y en cada galeno tenías un amigo. Esta profesión que tiene más dolor que alegría, más de sinsabores que de regocijos, ha encontrado en ti su representante genuino, su verdadero apóstol tesorero e infatigable en la tarea.

"Pero si es digna de admirar la conducta que habéis tenido siempre para con vuestros colegas, no es menos digna de admirar la tarea diaria que realizáis.

"Hoy todavía, activo, ágil, fuerte, como hace tantos años, recorréis las calles de nuestra ciudad, esas calles que mucho han mudado la cara desde que las conocéis, lo mismo de día que de noche, con el busto erguido, el semblante alegre y optimista, como reparando vida. Y hay derecho a suponer que ese optimismo de hoy os ha acompañado siempre.

"Conocéis la evolución de la medicina por haberla vivido. La era Pasteuriana os ha encontrado en su puesto. Colega y contemporáneo de Pasteur, que ha nacido en las primeras décadas del siglo XIX, sois colega y contemporáneo de los galenos aquí presentes, muchos de ellos nacidos en la primera década del siglo XX.

"Si hoy la medicina tiene que luchar a veces con la resistencia del medio, con la ignorancia y hasta con la mala fe de los que rodean al paciente, cómo no sería hace 50 años en pueblos menos cultos que los actuales y cuando la mayoría de los conocimientos médicos estaban en mantillas todavía. Sólo el que ha vivido algo de esto es capaz de apreciar en todo su valor la obra inmensa y tesonera que habéis realizado. Máxime si tenemos en cuenta las dificultades científicas de entonces. Hoy la tarea se nos abrevia mucho: al lado de la clínica tenemos los rayos X y el laboratorio; pero hasta hace 25 años aquí en Salto teníais que hacer de todo. Era mucho más difícil atender con resultado un paciente que ahora. Por eso me inclino ante vuestra constancia, ante vuestra capacidad de trabajo, que es admirable".

En el año 1939 nace una iniciativa hasta cierto punto insólita, y analizada por un jurista hasta casi inconstitucional desde que el homenajeado aún vive: poner el nombre de Atilio Chiazzaro a una céntrica calle de la ciudad.

La iniciativa, recogida en la prensa, recibe la adhesión de varios miles de salteños, cuyos nombres aparecen en los periódicos durante semanas y, finalmente, el 25 de marzo de 1940 la Junta Departamental, por unanimidad, autoriza al Ejecutivo Comunal a sustituir el nombre de la calle "Gaboto" por el nombre "Dr. Atilio Chiazzaro".

Intensa fue la emoción del ya viejo Chiazzaro ante tal homenaje, que finalmente debió aceptar, y que dio lugar a un muy sentido acto, en un Teatro Larrañaga que no pudo dar cabida a todos quienes quisieron asistir al mismo, debiendo seguirlo desde una calle con tráfico interrumpido, y cuyos ecos se recogieron no sólo en la prensa de Montevideo sino aún en la de la lejana ciudad de Génova, en cuya Universidad había realizado sus estudios y atendido sus primeros pacientes este singular hombre.

Pero no fueron bastantes los ya más de cincuenta años de ejercicio de la medicina, ni los numerosos reconocimientos que Chiazzaro había recibido: como si nada hubiera pasado, el veterano médico continuó en su labor diaria.

En 1947, cuando ya tenía ahora sesenta años de recibido, al conmemorarse el "Día del Médico", y con la adhesión de las autoridades del IV Congreso Latinoamericano de Cirugía Plástica, el Club Médico del Uruguay homenajea nuevamente al Dr. Chiazzaro. Esta vez hablan el Ministro de Salud Pública, Prof. Dr. Enrique Claveaux; el Decano de la Facultad de Medicina, Prof. Dr. Abel Chifflet; el Ministro de Instrucción, Dr. Forteza; el delegado del Sindicato Médico del Uruguay, Dr. Pablo Carlevaro y el delegado del Colegio Médico del Uruguay, Prof. Dr. Juan Carlos Castiglioni Alonso. El homenaje finaliza con las emocionadas palabras del Dr. Chiazzaro. Decía entonces Carlevaro sobre el homenajeado:

"Seis décadas ejerciendo su profesión sin la menor falta deontológica, con un concepto severo y ejemplar de ética profesional junto al enfermo y al lado del colega. La vida del Dr. Atilio Chiazzaro, tan noblemente sobrellevada, es una rotunda afirmación documentada de altos quilates que nos deslumbran y nos enseñan. Pero una arista saliente merece nuestro comentario especial: el Dr. Chiazzaro no puede abandonar el ejercicio de la medicina. ¿Por qué le ocurre eso? Porque pensamos nosotros: tejió tanto, con tanto afán y tan apretado, que quedó envuelto en sus propias redes. Tejió con ese hilo fuerte de una vocación verdadera, trabajó con entusiasmo y sin tregua,



Acto de homenaje en la Agrupación Universitaria (año 1947).

En el centro, Chiazzaro. Entre otros asistentes se reconoce a Francisco Forteza, Enrique Claveaux, Abel Chifflet.

sin ponerse a pensar -o tal vez sabiéndolo ya- que sus manos iban atando nudos a los nudos de sus propios dedos. (...) Yo estoy seguro que un médico que ejerció tan largo tiempo su profesión es porque sintió un culto por la medicina que absorbió integralmente al hombre. Este hombre ha repartido su vida desigualmente entre sus enfermos y su familia. No ha hecho otra cosa. No hubiera sido posible que lo hiciera, porque en la forma en que se aferró y cumplió esos deberes esenciales, no ha podido tener tiempo para nada más. Tiene 86 años y está aún joven. Ejerce su profesión como siempre. No quiere que se le tenga consideración por su edad; cuando un enfermo lo necesita, su consultorio se abre diariamente con la misma puntualidad de sus primeros tiempos. No se da descanso, y aunque no necesita trabajar para vivir, no sabrá vivir sin trabajar, para bien de sus enfermos. Es admirable su empeño.

"Haciendo justicia distributiva diré que es admirable también el estoicismo con que lo acompaña hace 60 años su distinguida esposa. Porque es de estricta justicia que al homenajear a un médico, tengamos unas palabras de reconocimiento por el sacrificio paralelo que va cumpliendo la esposa del médico.

El hogar del médico es difícil y quien vence esas dificultades de puertas adentro, no es otra que la esposa, modestamente, sin loas ni galones; pero la esposa también va ganando cada día un trocito de la palma de la victoria. A ella también va nuestra felicitación efusiva y cordial. En ella reverenciamos a todas las esposas de médicos que cruzan con honor y dificultad su vía crucis.

"Estos hombres merecen la consideración y la gratitud del pueblo. En Salto se tiene honda gratitud por el celoso defensor de su salud. En diversas ocasiones se lo han hecho sentir y hace muchos años que una de las calles lleva su nombre. Algún día el pueblo pondrá su gallarda figura sobre el pedestal del noble granito".

Si bien, certeramente, Carlevaro apunta que la medicina absorbió toda su vida, ello no fue óbice para que el "abuelo Atilio", como le decíamos los nietos y bisnietos -¡afortunados nosotros, que pudimos conocer de cerca y por tanto tiempo a nuestros queridos bisabuelos!- tuviera esa mirada cargada de interés que tienen hacia todas las cosas los hombres de espíritu superior.

Así, Chiazzero aceptará asociarse a su cuñado Dodero para establecer los primeros ferrocarriles del Chaco y de Corrientes; tendrá también en Curuzú-Cuatí una cabaña ganadera; será junto a un grupo de médicos montevideanos uno de los fundadores del balneario Atlántida... Aunque realmente todo ello no era ni por cerca el centro de sus atenciones: sus desvelos estaban siempre dirigidos a los pacientes, sin importar -repetimos- los recursos que ellos pudieran o no tener.

Siendo ya un octogenario, un día una nieta lo encuentra leyendo muy atentamente (le gustaban apasionadamente las novelas de Julio Verne y Salgari). Preguntado acerca de qué leía, el abuelo le dice que se trata de la gramática griega... ¡pues temía estar olvidándose de ella!

Hombre alegre, jovial, sabía enojarse como se enojan los italianos (y su esposa, manejarlo en tales ocasiones como lo hacían todas las buenas señoras de entonces); pero más que eso sabía reír. Atilio Chiazzero no era un hombre adusto y ni siquiera serio: tenía un comunicativo sentido del humor que aplicaba con los demás y también consigo mismo. Hombre de nariz acentuada, un día escribe a su hija Celeste: "Mi curiosidad tenía su fin, pues en una revista que acabo de recibir, el Dr. Julio Somoza, de Buenos Aires, recordaba que la fisiopatología de los sabañones era provocada por la perturbación en la circulación periférica venosa, en las extremidades, pabellón de las orejas, nariz, etc. ¡Dios me libre si me ataca a mí este órgano!..."

Y su familia... Numerosa. Y unida pese a lo numerosa. A todos quería, y sus cartas y conversaciones siempre estaban llenas de ese efusivo afecto de los latinos. Casi setenta años de matrimonio, cinco hijos, más de una decena de nietos y varias de bisnietos, teniendo todos por centro vital la casa de la calle Uruguay, frente a la Plaza de los Treinta y Tres, a la cual todos llegan regularmente desde Montevideo, la Argentina o, naturalmente, diariamente de sus propias casas del Salto.

En 1952 Chiazzero cumple noventa años. Nuevos homenajes: del Consejo de la Facultad de Medicina,

del Ministro de Salud Pública, de las autoridades departamentales, la prensa, el pueblo e Instituciones Médicas y Culturales del Salto.

Sobre los noventa y dos años, finalmente, luego de ejercer su profesión por más de sesenta y siete, acepta retirarse de la práctica activa. Con enorme dolor adopta su resolución y con serenidad se recluye a la vida familiar.

Operado un par de años después de una hernia, rodeado de su muy numerosa descendencia, de sus colegas y del cariño del Salto todo, vive hasta 1958, falleciendo a un par de cuadras de la casa que lo vio nacer, el día 14 de enero de ese año. Casi un siglo de vida... ¡De los años en que no se conocía ni el telégrafo, hasta los comienzos de la era espacial!

Poco antes, el 2 de junio de 1957, el Gobierno de la República Italiana lo había nombrado Caballero de la Orden del Mérito, conforme un decreto presidencial dictado en la referida fecha.

Educado en la religión, vuelve a su patria con un agnosticismo a veces hasta militante, lo cual no le impide tener una excelente amistad con Monseñor Alfredo Viola, obispo de Salto, con quien se visita regularmente, para terminar sus años en un retorno al catolicismo de sus primeros tiempos, aceptando una pacífica relación con el Creador.

Para nosotros, sus descendientes, el nombre de Atilio Chiazzero nos trae una imagen cargada de emotividad que nos marca para siempre; para los demás, seguramente el modelo de un hombre volcado por entero a un generoso trabajo profesional, que no lo encuentra al fin de su vida ni un ápice más rico que a los comienzos, pero sí pleno de la paz de quien sabe que su vida ha tenido sentido.

(1) En el Registro de Títulos -que se conserva actualmente en el Ministerio de Salud Pública- el apellido, por error, aparece escrito *Chiassaro*.